

Rosalía Cortés

Identidad y literatura en el Caribe francófono

nte la dificultad de abarcar un tema tan amplio, “identidad y literatura en el Caribe francófono”, mi propósito es presentar un panorama de lo que ha sido allí el proceso de búsqueda de identidad, y su estrecha y recíproca relación con la producción literaria. Al preparar esta intervención fui encontrándome en el ámbito de unidad y de diversidad del Caribe compartido por Tío Tigre y Tío Conejo, *Uncle Tiger and Uncle Rabbit*, *Oom Tijger en Oom Konijn*, para llegar al dominio de *Compé Tigre et Compé Lapin*, que es el que nos ocupa. Este espacio, el del Caribe francófono, está compuesto por Haití (situada en la parte occidental de la isla bautizada La Hispaniola por Colón y que comparte con República Dominicana) y lo que conocemos como Antillas Francesas, que comprende dos territorios insulares, Martinica y Guadalupe, y uno continental, la Guayana, en América del Sur.

Con la unidad aportada por la lengua y por una misma modalidad de colonización, Haití y las Antillas Francesas muestran también importantes semejanzas condicionadas por su historia, la cual, aunque con notable desfase cronológico, presenta algunas etapas paralelas. Haití fue ocupada por los españoles desde el comienzo de la conquista hasta 1697, año en el que —por el Tratado de Ryswick— es adquirido por Francia, convirtiéndose en la más rica y próspera de las colonias francesas en el Nuevo Mundo. Si bien fueron visitadas por Colón, Martinica y Guadalupe sólo empiezan a ser ocupadas por los franceses a comienzos del siglo XVII (Martinica, en 1625). Haití obtiene su independencia de Francia el 1º de enero de 1804, después de una larga guerra de trece años, en momentos en que la esclavitud acaba de ser restablecida por Napoleón en Guadalupe (isla para la cual se había decretado la abolición en 1794, lo cual no benefició a Martinica, que estuvo bajo la dominación

inglesa en los períodos de 1774 a 1802 y de 1809 a 1814). Convertida, en forma por demás sangrienta y dolorosa, en república independiente, la primera en América, Haití corta entonces sus lazos con Francia (aunque ésta sólo reconoce la independencia de su antigua colonia mediante el pago de veinticinco millones de francos según orden de 1825, pago que Haití hace efectivo en 1838; véase TRUILLOT, 1986), en tanto que en las Antillas se refuerza el sistema colonial a comienzos del siglo XIX.

Este hecho dará lugar a características culturales bien definidas que tendrán incidencia, entre otras manifestaciones culturales, en la producción literaria de estas dos partes del Caribe francófono. De todos modos, y como efecto del sistema colonial, de la esclavitud y, en términos generales, de la composición de las sociedades, hay un hilo conductor del pensamiento y de la creación literaria que es una búsqueda permanente de identidad, búsqueda que incluye problemas comunes como el de su realidad lingüística.

La reflexión sobre su identidad se produjo en Haití como una reacción a lo que se llamó “la invasión americana” (1915 a 1934), la cual, con el establecimiento de una base militar estadounidense, penetró la economía, la cultura y demás instituciones nacionales. En un comienzo, este hecho dio origen a una literatura de evasión, escritura de escape a esta época de alienación que Jean Price-Mars calificó de “bovarismo cultural”, el sentimiento de querer ser otro, de no asumir su propia realidad. Ante esta situación reacciona precisamente Jean Price-Mars, médico y etnólogo haitiano que funda la Escuela Indigenista con la intención de recuperar los valores propios de su cultura, sus raíces, tanto africanas como americanas, como base para un sólido desarrollo cultural y político.

Al referirse a la ocupación, en su ensayo “Ainsi parla l’oncle”, Jean Price-Mars señala que ese evento humillante les hizo tomar conciencia de que desconocían el país real y de que para valorarlo era preciso estudiar sus costumbres, su lengua, sus creencias y la naturaleza misma. “La ocupación nos llevó a efectuar una revisión de nuestros valores negros en general, a considerar que no son otra cosa que la esencia y la substancia del hombre diferente y semejante a sí mismo... A encontrarnos a nosotros mismos por introspección y a los otros por prospección”.

En las Antillas, la toma de conciencia de su realidad tuvo lugar en la década de los treinta, favorecida —además de otros factores— por el encuentro en París de jóvenes antillanos y africanos que adelantaban allí sus estudios, dentro de la política de asimilación que Francia había definido para sus colonias, como veremos adelante. En el caso antillano se produjo, con Aimé Césaire, una reacción a la alienación provoca-

da por tres largos siglos de régimen colonial en los que había aparecido una producción literaria de imitación de la escritura de la metrópoli, el "doudouismo", comparable a la etapa del bovarismo colectivo de Haití.

Es decir, el mismo fenómeno de reacción tuvo lugar en estos dos ámbitos del Caribe francófono en períodos diferentes, como respuesta a su momento político. Y sólo a partir de entonces puede hablarse en cada región de una literatura propia, con temas propios, con modalidades estilísticas correspondientes a la búsqueda que se estaba operando. Maximilien Laroche señala que, "habiendo aparecido medio siglo después de la literatura haitiana, la literatura antillana ha retomado con frecuencia los temas desarrollados anteriormente por los primeros escritores haitianos" o, sencillamente, temas de la historia de Haití. Ejemplo de ello son A. Césaire con *La tragédie du roi Christophe*, É. Glissant en su *Monsieur Toussaint* (Louverture) y V. Placol y con *Dessalines ou la passion de la liberté*. Bien sabido es que la historia de Haití ha apasionado también a escritores nuestros: A. Carpentier en *El reino de este mundo*, M. Zapata Olivella con "La rebelión de los vodús" (capítulo tercero de *Changó el gran putas*) y Enrique Buenaventura en *La tragedia del rey Christophe* e *Historia de una bala de plata*.

Es indispensable detenernos en un aspecto de importancia primordial, base del desarrollo cultural, afectivo, social y aun político del ser humano, en este caso del ser haitiano y del ser antillano, y se trata de la realidad lingüística: el Caribe constituye un mundo plurilingüe en el que varias lenguas europeas son el medio oficial de comunicación. Pero es, además, un espacio *creolófono*, un espacio en que la lengua materna de una gran cantidad de habitantes es hoy y ha sido por casi cuatro siglos una de las lenguas criollas: lenguas de origen colonial, conformadas en una situación de esclavitud; lenguas mixtas con sintaxis de lenguas africanas y léxico de la correspondiente lengua europea de dominación; lenguas en las que se ha transmitido la extraordinaria riqueza de la *criollidad*, las tradiciones seculares y la *oralitura*, todo ese acervo de su producción artística: cuentos, proverbios, adivinanzas, canciones que portan el saber popular. En el caso de Haití y las Antillas francesas es el *créole*, lengua criolla de base léxica francesa; la lengua de la oralidad es el *créole* y, como afirma el lingüista Raymond Relouzat, "la lengua del cuento es el *créole* y sólo el *créole*".

El *créole* y el francés alternan en la vida diaria. En el caso de Haití, sólo un 10% de la población maneja la lengua francesa: en las Antillas la mayoría de los habitantes es perfectamente bilingüe. Pero en ambos casos se trata de sociedades díglotas en las cuales cada lengua recibe una valoración distinta, según su función (BERNABÉ,

1981); en ellas, el francés como lengua de la administración, de las oficinas, de la educación, del contacto con el exterior, recibe un coeficiente positivo, en tanto que el *créole* recibe un coeficiente negativo: es el idioma de las relaciones familiares, del trabajo artesanal...

Esta realidad sociolingüística plantea problemas a los escritores, entre ellos el dilema de qué lengua escoger para expresarse: ¿la dominante (el francés) o la dominada (el *créole*)? El caso de Haití es más grave, pues el escritor debe preguntarse, además, para quién escribe, debido a la situación anotada y a que, a pesar del esfuerzo realizado por muchos lingüistas y educadores, sólo hace algunos años el *créole* pasó a ser materia de enseñanza en la educación nacional. Como puede deducirse, la problemática lingüística ha sido uno de los puntos centrales de la búsqueda identitaria, lo cual se manifiesta en la producción literaria.

Es importante anotar que la escritura en *créole* tiene antecedentes. En Haití, a finales del siglo XVIII, aparecen los poemas "Lizette quité la plaine" (1749), escrito por un colono, y "Chocoune", de Oswald Durand (1783), que toca la incidencia del racismo en una relación amorosa; se encuentran también, a comienzos del siglo XIX, traducciones de algunas fábulas de La Fontaine. En la Guayana francesa aparece la novela *Atipa*, de Alfred Parepou, y en Guadalupe el libreto de una ópera criolla.

Dentro de la literatura comprometida en Haití, que se inicia con las obras de integrantes de la Escuela Indigenista, hay algunas que han constituido puntos culminantes en el proceso de búsqueda y una renovación en relación con la escritura: *Gouverneurs de la rosée* (*Gobernadores del rocío*), del abogado y antropólogo Jacques Roumain; *Compè Général Soleil* (*Mi compadre, el general Sol*, 1959), de Jacques Stephen Alexis —médico y joven político muerto en 1961 bajo las balas de los *ton-ton macoutes*—, así como *Dézafi*, del poeta y novelista Franketienne. En este período de la post-ocupación se produjo una literatura hondamente nacionalista y orientada hacia la búsqueda de identidad.

Laroche destaca la importancia de los escritores haitianos en la estructuración de una nueva estética latinoamericana, importancia que señala Françoise Perus (1981) al decir que "a menudo se olvida observar el papel de Haití y de los novelistas haitianos en esta construcción de una estética nueva". Complementando el texto de Perus, dice Laroche (1995):

Del realismo mágico de Juan Rulfo a lo real maravilloso de Carpentier y luego al realismo maravilloso haitiano de Jacques Stephen Alexis hay un develamiento pro-

gresivo de la identidad latinoamericana y caribeña y también la edificación de una estética fundada en la representación de una realidad particular, pero percibida y representada sobre todo de manera original. Porque en el realismo maravilloso no se trata simplemente de una realidad diferente, sino de una representación diferente. Podemos así seguir de Rulfo a Alexis el progresivo advenimiento de esta forma de lo ideal y de su modo propio de representación.

Gobernadores del rocío es obra fundadora en la literatura haitiana y es considerada un clásico de las letras caribeñas por su temática (pobreza del campesino haitiano, aridez por la devastación de los bosques, emigración a trabajar en las plantaciones de Cuba) y por su aspecto estilístico. Es, además, la primera vez en que un autor traslada a su escritura la situación de diglosia del país; en el texto se entrelazan el *créole* y el francés como en la realidad cotidiana de los haitianos. Laroche anota que “el discurso se estructura con influencias debidas a las exigencias semánticas, lexicológicas e incluso sintácticas del *créole*”.

Dézafti, publicada en 1976, es la primera novela haitiana escrita completamente en lengua haitiana. Su autor, Franketienne, permaneció en Haití contra viento y Duvalier durante todos los años de la dictadura. Laroche destaca en *Dézafti*:

un poder de encantamiento, primero por su lirismo, luego por la riqueza de su vocabulario y, finalmente, por el uso magistral y creativo de los proverbios, uno de los principales géneros de la oralitura criolla. Las imágenes en la obra de Franketienne son extraídas tanto de la reserva de la representación tradicional como de un poder de neologización con raíces en el imaginario popular.

Desde 1958 la dictadura duvalierista de casi treinta años origina una diáspora de los intelectuales hacia diversas latitudes: París, Dakar, Cuba, América del Norte. Este hecho da lugar a una literatura del exilio, una variedad de escrituras en *créole* y en francés, tanto del país como de fuera, donde alterna el tema de la política haitiana con la realidad que viven los exiliados mismos.

En los últimos años el exilio ha producido una corriente de tema erótico: Danny Laferriere causó escándalo al publicar en Montreal *Comment faire l'amour avec un nègre sans se fatiguer*, luego de que René Depestre escribiera *Hadriana dans tous mes rêves*, novela con la que obtuvo el premio Renaudot en 1988, así como *Eros dans un train chinois* y *Alleluia pour une femme jardin*, las que le valieron una beca Goncourt

“por relatos en los cuales el erotismo se permite aún la coquetería de defender una teoría, la del geo-libertinaje”. Laroche (1992) señala, además, el hecho de que, siendo el erotismo una constante en la oralidad haitiana y en lengua haitiana, no está presente con igual frecuencia en la literatura escrita en francés; y constata que la realidad producida en buena parte por el exilio hace que la moda de la escritura erótica, que ignora casi por completo el hecho político, rompe con la costumbre haitiana de los escritores comprometidos, quienes no dejaban de lado el tratamiento del tema amoroso aunque el eje de su obra fuera el tema político. Y agrega: “La moda de la escritura erótica que conoce actualmente la literatura haitiana no es indisoluble del hecho de que hayamos entrado en un nuevo orden literario”, el que impone a los escritores un nuevo mercado del libro. No podría dejar de anotar el hecho de que intelectuales haitianos del país y del exilio, sobreponiéndose a los avatares políticos de las últimas décadas, continúan la difícil tarea de reconstrucción de su cultura, con énfasis en programas educativos.

El proceso de las Antillas Francesas es, en parte, más conocido por contar con movimientos como la negritud y con autores como Aimé Césaire, Édouard Glissant y Patrick Chamoiseau, quienes han recogido inquietudes y elaborado progresivamente una reflexión sobre la identidad, correspondiente a distintos momentos de la historia antillana, y cuya obra ha tenido mayor difusión.

Martinica, Guadalupe y Guayana fueron colonias de Francia hasta 1946, año en que por decisión propia, expresada por medio de referéndum, adquieren la categoría de Departamentos de Ultramar. En 1794, como ya mencionamos, tuvo lugar una primera abolición como efecto de la Revolución Francesa (aunque ha de anotarse que no fue inmediata, debido a las fuertes protestas de los colonos propietarios de esclavos, y que fue necesaria la presión de la Sociedad de Amigos de los Negros en la que participaron destacados intelectuales franceses), pero la esclavitud fue restablecida tres años después. En 1848, por el empeño del abolicionista Victor Schoelcher se logra que la anulación de la esclavitud sea una realidad; en esta nueva situación los antiguos esclavos adquieren el derecho a la educación, lo cual se hace efectivo en los albores del siglo XX.

Hasta entonces la escritura consistía en crónicas de viajeros y misioneros (como los padres Labat y Breton). Hubo, igualmente, una producción literaria principalmente en los géneros de la poesía y la novela escrita por colonos y, más tarde, por mulatos instruidos. Se trató de una producción que exaltaba el “exotismo” de las islas. Fue una época de imitación y de mimetismo, en la que los autores de origen africano

se esforzaron por que su escritura pasara en lo posible por la de un blanco. Esta época de bovarismo cultural, evocando de nuevo a Price-Mars, se conoce en las Antillas como *doudoisme*.

Pasada esta etapa, la producción literaria de las Antillas se articula alrededor de un eje, la búsqueda de identidad; los escritores mayores han sido intelectuales comprometidos en el proceso de reflexión y han orientado la discusión y la producción en ese sentido. Los mencionamos ya, en el orden cronológico que corresponde al proceso ideológico: negritud, americanidad, antillanidad y criollidad. No es necesario aclarar que muchos escritores han reunido en su obra elementos de cada una de estas concepciones que forman parte de su vivencia.

La negritud, proclamada en 1934 en París por el martiniqueño Aimé Césaire, por el guayanés Léon Gontran Damas y por quien sería el primer presidente de la república de Senegal, Léopold Sedar Senghor, es un grito de rebeldía contra las prácticas coloniales, la asimilación cultural y la discriminación. Al encontrarse en París como estudiantes, formados dentro del sistema educativo francés y en el conocimiento de los clásicos, los antillanos no reconocían valor alguno a sus realidades culturales. Aislados del mundo hasta entonces, no se habían planteado la problemática étnica, la cual experimentan al entrar en contacto con jóvenes tanto de la metrópoli como de otros continentes y de otras culturas.

Por Senghor, Césaire conoce la historia de África y sus tradiciones culturales en *El decamerón negro*, de Leo Frobenius; se nutre de las teorías sobre el psicoanálisis de Freud que le permitirían explorar lo más profundo de su ser, retirar todas las capas aculturizantes que se habían acumulado sobre su propia realidad. El conocimiento del enfoque socio-histórico que le aportan las teorías del maoísmo-leninismo, sobre un nuevo análisis de la sociedad, le revela el hecho de que "la sumisión de los pueblos colonizados no provenía de las leyes naturales, sino que resultaba de un proceso histórico" (BLÉRALD, 1981) en el que se encontraban, igualmente, los fundamentos de la alienación colonial. Para algunos antillanos el encuentro con el surrealismo fue también de mucha importancia; Césaire no conoció el surrealismo en ese momento, pero había leído teorías y obras de escritores que ya preparaban esta corriente.

La obra poética de Césaire, en la que se destaca su *Cahier d'un retour au pays natal*, calificado por André Breton como "el monumento lírico más grande de nuestros tiempos", es el grito contra el racismo y la discriminación. En su estilo, Césaire se apropia de la lengua francesa, subvierte sus esquemas, crea palabras nuevas, da vida a nuevos conceptos. En adelante, ya no se trata de que el escritor utilice algunos

elementos de su cultura para hacerlos conocer; desde este momento se aceptaría negro, orgullosamente, y comenzaría a escribir como negro. Para Césaire la negritud es “el simple reconocimiento del hecho de ser negros y la aceptación de este hecho de nuestro destino de negros, de nuestra historia y de nuestra cultura”. El espejo que ofrecía la negritud y el ejemplo de Césaire dieron origen a una abundante producción poética de reivindicación cultural, aunque no siempre de óptima calidad literaria.

La creación cesariana, además de varias colecciones de poemas, incluye una importante y reconocida producción de obras de teatro en que el autor refleja su preocupación por la suerte de las nuevas repúblicas africanas y afro-americanas; en esta línea, además de la obra ya citada sobre la historia de Haití, se encuentra *Une saison au Congo* (1963), sobre la independencia de la república de Zaire; y en *Une tempête*, que es, como él declara en el subtítulo, la reescritura de *La tempestad* de Shakespeare para un teatro negro, inspirada por su inquietud ante la situación de los negros en los Estados Unidos, Césaire invierte el proyecto político del bardo inglés (TOUMSON, 1981) y destaca los valores culturales que éste negó a Calibán. Su inflexible independencia política queda demostrada en su “Discurso sobre el colonialismo”, en el cual hace un proceso a la Europa colonizadora, así como en la “Carta a Maurice Thorez” (1956), en la que expone los argumentos por los cuales se separa del Partido Comunista Francés.

Resulta imposible hacer referencia a todos los autores de las Antillas que quisiera mencionar, pero no puedo dejar de lado a los novelistas Joseph Zobel, con su obra clásica *Rue Cases-nègres* (*La calle de las casas de los negros*), y en Guadalupe a Maryse Condé con *Ségou* (saga del pueblo bámbara), *Moi, Tituba, sorcière noire de Salem* (*Yo, Tituba, bruja negra de Salem*), en la cual revive a la hechicera negra apenas esbozada por Miller, y *La vie scélérate* (*La vida acelerada*), relativa a la vida de los haitianos que trabajaron en la construcción del Canal de Panamá, lo mismo que a Simone Shwarz con su también clásico de la literatura antillana *Pluie et vent sur Thélumée Miracle*. En la actualidad, las dos escritoras tratan el tema de las parejas separadas debido a los problemas causados por el exilio haitiano.

El paso siguiente en pos de la identidad es la antillanidad, cuyo pensador ha sido el escritor martiniqueño Édouard Glissant. Césaire planteó el regreso, aunque sólo fuese espiritual, a África; Glissant, adelantando en el proceso de búsqueda, destaca el hecho de que el antillano es el resultado de un encuentro de pueblos y de una historia que lo ha enraizado ya en un lugar determinado donde ha elaborado su cultura: el archipiélago de las Antillas. En su ensayo “Le discours antillais”, reflexión sobre

la identidad antillana, dice: "Hoy, el antillano ya no niega la parte africana de su ser; ya no tiene como reacción proclamarla exclusiva. Es preciso que la reconozca. Él comprende que toda esta historia (aun habiéndola vivido como una no-historia) es resultado de otra realidad". En 1958 recibió el premio Renaudot por su novela *La Lézarde*, sobre un episodio histórico de la Martinica. En su obra establece una relación indisoluble entre el hombre, la lengua y la tierra: su novela fundadora, *Le 4ème. siècle*, conforma con *Malemort* y *Mahogany* una trilogía en la que el autor recupera la historia de la trata, la esclavitud y la colonia sin caer en la actitud lastimera, sino como memoria para la construcción del futuro. Teme por el daño irreparable que causaría el descuido imprevisto, y peor aún si culposo, de la oralidad y de la lengua criolla, pues "la desposesión corre el riesgo de ser mortal"; igualmente, señala como esencial la reafirmación de los valores culturales antillanos como base de la relación con el "otro" como pueblo.

A la reflexión de Glissant sigue la de Vincent Placolý, autor martiniqueño también, nutrido de las letras latinoamericanas y profundo conocedor de los procesos sociológicos y literarios del continente. En su obra resuena la imagen de Bolívar, a quien dedica uno de sus ensayos, así como tres páginas de su novela *La vie et la mort de Marcel Gonstram*. Placolý habló de *americanidad* y planteó el parentesco americano-caribeño resaltando las semejanzas sin ignorar las disparidades en sus líneas de pensamiento tanto políticas como culturales.

Avanzando en el camino de la búsqueda de identidad, conscientes de la importancia de las etapas anteriores que ellos mismos han recorrido y que son parte de su formación ideológica, tres intelectuales martiniqueños, los escritores Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant y el lingüista Jean Bernabé, exponen su concepción de *criollidad* en el manifiesto *Éloge de la créolité* (1989), en el cual afirman, en una proclama familiar al espíritu latinoamericano: "Ni europeos, ni africanos ni asiáticos, nosotros nos proclamamos criollos". La criollidad es para ellos "el hecho de pertenecer a una entidad humana original que se desprende de un proceso consistente en una mezcla no armoniosa de prácticas lingüísticas, religiosas, culturales, culinarias, arquitectónicas, médicas, etc., de diferentes pueblos en presencia"; se refieren a las Antillas, pero afirman la realidad del mestizaje en las culturas del mundo y la mayor o menor intensidad de las criollizaciones".

Ellos plantean, como Glissant, una recuperación de la memoria viva: "La memoria colectiva es apremiante para nosotros". En ese proceso, el rescate de la oralidad y con ella de la lengua criolla es de importancia fundamental, y lo demuestran en sus

obras literarias, en las cuales aplican a la narrativa moderna las estrategias de la oralidad.

En su novela *Le nègre et l'amiral* (*El negro y el almirante*, 1988), Confiat evoca una época viva aún en la memoria de las generaciones mayores: la aplicación del régimen de Vichy en las Antillas, ejercida de manera implacable por el almirante Robert.

Por su parte, Chamoiseau (quien asistió con once intelectuales antillanos a la IX Feria Internacional del Libro de Bogotá, en 1996) recibió en 1992 el premio Goncourt por su novela *Texaco*, en la cual, alrededor de la construcción de un barrio popular en Fort-de-France, reconstruye la historia de Martinica; en su novela *Chronique des sept misères* (*Crónica de las siete miserias*, 1986), opone el ambiente sencillo y la espontánea comunicación humana de las plazas de mercado al ámbito frío e impersonal de los modernos supermercados; la lengua, las costumbres, las tradiciones de las primeras tienden a desaparecer y el autor las trae a escena con la naturalidad de quien vive sus propias tradiciones y su propia lengua ancestral. En su segunda novela, *Solibo magnifique* (*Solibó el Magnífico*, 1988), Chamoiseau, en referencia a la descendencia de Cam, recrea la historia del contador oral que muere en un *atragantamiento de la palabra*, resaltando la importancia del personaje que detenta la tradición oral y la transmite.

La lengua criolla y el francés antillano sostienen el tejido de la comunicación en la obra de los dos escritores antillanos. Confiat escribió sus primeras novelas en *créole*, (la primera, ya citada, vertida al francés fue muy fuerte candidata al premio Renaudot en 1988). La situación administrativa de departamentos europeos de ultramar coexistente con la especificidad de su cultura caribeño-americana son un reto para nuevas reflexiones en los planos político y cultural que han sido abordados ya por los escritores de la criollidad y que Chamoiseau desarrolla en su ensayo "Écrire en pays dominé" (1996).

La poesía en *créole* se ha reanimado en las últimas décadas. Existe una *Anthologie de la poésie en langue créole*, junto con publicaciones de Gilbert Gratian (*Fab compé Zicaque*), de André Pierre-Louis (*Nostrom, Kompé Lawosé, Belbel Zobel*), del guadalupano Sonny Rupaire (*Cette ignare briséé qu'est ma terre natale*) y del también guadalupano Héctor Poulet (*Féré Chyen, pentiré syel y Twa twa toupatou*).

Luego de recorrer los caminos de la identidad en el Caribe francófono, de reconocer en parte su unidad y su diversidad en su historia y en su literatura, y sintiendo el eco de realidades latinoamericanas en este espacio compartido por Tío Tigre y Tío Conejo, *Uncle Tiger and Uncle Rabbit, Oom Tijger en Oom Konijn*, escuchamos,

desde las tierras de *Compé Tigre et Compé Lapin*, a Glissant en perspectiva de futuro: "Hablemos a todos los que comparten con nosotros estos países, y que el Caribe criollo (que ha reunido su multiplicidad en una diversidad sorprendentemente convergente) le hable al mundo que se criolliza" (1997).

Bibliografía

- BENOIST, Jean. "La organización social de las Antillas". En: *África en América Latina* (México: UNESCO y Siglo XXI Editores, 1977).
- BERNABÉ, Jean. *Curso de sociolingüística* (Campus de Schoelcher, Martinica: Universidad Antillas-Guayana, 1981).
- BLÉRALD, Alain. *Négritude et politique aux Antilles* (París: Éditions Caribéennes, 1981).
- CASTOR, Suzy. "L'occupation américaine d'Haïti". En: revista *Nouvelle Optique* (Montreal: 1971).
- CORTÉS, Rosalía. "Poesía de las Antillas Francesas". En: revista *Universidad Nacional*, N° 24 (Bogotá: Universidad Nacional, 1990).
- . "De Solibó a Chamoiseau, de la oralitura a la literatura". En: *Magazín Dominical*, N° 683 (Bogotá: *El Espectador*, 1996).
- GLISSANT, Édouard. *Le discours antillais*. (París: Éditions du Seuil, 1981).
- . "La Caraïbe et *Tout-Monde*". En: *Antilla dossier: Caraïbe, identité régionale et coopération* (Fort-de-France, Martinica: 1997).
- LAROCHE, Maximilien. *Haïti et sa littérature* (Québec: AGEUM, 1963).
- . "L'avènement de la littérature haïtienne". En: *Grelca*, N° 3 (Québec: Université Laval, 1987).
- . "Literaturas del Caribe francófono". En: *Ciclo de Conferencias Francofonía en América* (Bogotá: Universidad Nacional, 1992).
- . "El Caribe francófono". En: *América Latina: palabra, literatura e cultura*, vol. 3: "Vanguardia e modernidade" (São Paulo: Fundação Memorial da América Latina, 1995).
- PRICE-MARS, Jean. *Ainsi parla l'oncle* (Ottawa: LEMEAC, 1973).
- PERUS, Françoise. "La cultura ayer y hoy". En: *El Caribe contemporáneo* (citado por LAROCHE, 1995).

TOUMSON, Roger. *Trois Calibans* (La Habana: Casa de las Américas, 1981; Premio Casa de las Américas).

TROUILLOT, Michel-Rolph. *Les racines historiques de l'état duvalérien* (Port-au-Prince: Éditions Deschamps, 1986).